

El concilio de Nicea, un paso fundamental en la conciencia sinodal de la Iglesia

RICARDO GONZÁLEZ SÁNCHEZ*

En el 2025 la Iglesia celebrará el 1700° aniversario del Concilio de Nicea, el primero reconocido como ecuménico. Si bien, la práctica sinodal de escuchar las distintas voces en las comunidades en orden a tomar decisiones que afectan la verdad de la fe, además de la identidad y la unidad eclesial, viene desde los tiempos apostólicos –como es el caso, por ejemplo, del llamado concilio de Jerusalén en Hechos 15–, Nicea hará, por así decirlo, oficial este modo de proceder hasta el día de hoy.

Este aniversario animará sin duda a teólogos e historiadores a volver sobre el acontecimiento niceno y profundizar sus implicaciones desde ángulos variados. La intención de este artículo es encontrar algunas dificultades y oportunidades en la fase previa, durante y después del concilio en el siglo IV, que ayuden a reconocer las dificultades y oportunidades que enfrenta hoy la Iglesia cuando es invitada por el papa Francisco a ser una Iglesia sinodal, y de desde ahí, estar abiertos para afrontarlas con espíritu de comunión.

Por otro lado, el Credo niceno, resultado del evento conciliar, se ha convertido en la base de la fe cristiana común, y como expresa el cardenal Koch, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos,

Sobre el autor

* Licenciado en Teología dogmática (Roma, 1995) y doctor en Teología Sistemática (Boston, 2010). Es decano de la Facultad de Teología y profesor de Teología dogmática en la Universidad Pontificia de México. Miembro fundador de la Academia Mexicana de Teología, y miembro del Consejo Reflexivo de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

une todavía hoy a todas las Iglesias y las comunidades eclesiales cristianas, su importancia ecuménica es muy grande. De hecho, la recomposición ecuménica de la unidad de la Iglesia presupone un acuerdo sobre los contenidos esenciales de la fe, un acuerdo no solo entre las Iglesias y las comunidades eclesiales de hoy, sino también un acuerdo con la Iglesia del pasado y, sobre todo, con su origen apostólico.¹

Es pues una ocasión propicia para conmemorar este concilio junto con otras comunidades eclesiales cristianas y reflexionar de forma renovada la profesión de fe cristológica que nos une, nos convoca permanentemente y nos interpela hacia la voluntad de Jesús: «para que todos sean uno, como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17, 21).

1. El preconilio

En 313 el emperador Constantino se convirtió al cristianismo, y con él, el Imperio, dejando atrás siglos de persecución hacia los seguidores de Jesús. Como se decía antes, la Iglesia en su clandestinidad había ya ejercitado un estilo conciliar a través de sínodos locales y regionales desde la segunda mitad del siglo II, pero la realización de un concilio que congregara a las comunidades eclesiales diseminadas por el mundo conocido entonces era política y socialmente imposible.²

A nivel de la reflexión doctrinal, las discusiones en los tres primeros siglos se habían movido en el terreno de la economía, las implicaciones de la

¹ Kurt KOCH, *Semana de oración por la unidad de los cristianos 2024*. La sinodalidad desde un punto de vista ecuménico, disponible en línea. <https://www.osservatoreromano.va/es/news/2021-01/caminar-juntos-br-en-el-mismo-camino.html> (09.01.2024).

² Cf. Bernard SESBOUÉ – Joseph WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, vol. I, Secretariado Trinitario, Salamanca 1995, 187.

fe trinitaria incipiente en el ámbito de la experiencia salvífica. «Un discurso trinitario arraigado en la tradición litúrgica y misionera del primer cristianismo, aunque careciera de aparato conceptual».³

Las persecuciones alentaban la esperanza escatológica, y la moral provisoria de los últimos tiempos generaron innumerables mártires. Pero paulatinamente la teología fue moviéndose hacia una reflexión más ontológica: el misterio trinitario en sí mismo, la unidad esencial y la Trinidad personal divina, las relaciones eternas entre las personas. En el plano cristológico, los padres apostólicos y los apologistas griegos habían dado respuesta a las herejías adopcionistas, docetas y modalistas; ahora, las cuestiones sobre la constitución personal de Jesucristo, su igualdad y distinción respecto del Padre, y su verdadera y completa divinidad y humanidad estarán en primer plano.

Arrio (260-336), natural de Libia, hizo algunos estudios con el gran teólogo Luciano de Antioquía. Años más tarde, aparece en Alejandría posicionándose de lado de Melecio de Licópolis en su disputa con Pedro, obispo de Alejandría sobre la reaceptación en Iglesia de los cristianos apóstatas. Esto le valió incluso la excomunión; paradójicamente, a la muerte de Pedro, su sucesor Achillas, lo readmitió a la Iglesia y en 313 lo ordenó presbítero.

Era reconocido por su conocimiento de la Escritura y su entrega pastoral en la comunidad donde fue asignado. Escribió varias cartas, profesiones de fe y canciones populares, con la intención de traducir sus ideas teológicas en frases sencillas y pegajosas que la gente sencilla pudiera recordar fácilmente. Se conoce una obra suya en forma de poema teológico, *Talia*, pero muchos de sus escritos fueron destruidos más tarde, con el fin de erradicar sus ideas, como suele pasar con los autores que fueron condenados como herejes. En ese mismo sentido, conviene considerar con cuidado los calificativos con que lo describe Epifanio de Salamina: «serpiente astuta», «bribón trapacero», «marsedumbre seductora».

³ Khaled ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria. Desarrollos, sentido, legado*, Sígueme, Salamanca 2023, 45.

Fueron sus feligreses quienes informaron al obispo Alejandro que su pastor predicaba que Jesucristo, el Hijo de Dios, había sido creado en el tiempo. Arrio defendió sus argumentos ante sus colegas presbíteros y su obispo le pidió que se retractara de sus afirmaciones. Sin embargo, consiguió apoyo entre sus antiguos compañeros, particularmente en Eusebio de Nicomedia, obispo de la capital imperial.⁴

Arrio sostenía desde una convicción monoteísta estricta, que el Logos es la primera y más grande creatura del Padre, el único verdadero Dios. Dios Eterno es Uno y Único, in-generado; en cambio, el Verbo, como lo enseña la Escritura, ha sido engendrado, y esto significa, que comenzó a existir. Entonces no es Dios, porque no es eterno como Dios:

Dios no fue siempre Padre, sino que hubo un tiempo en que era Dios y no Padre. Después llegó a ser Padre. El Hijo no existió siempre; puesto que todas las cosas fueron sacadas de la nada y todas son creaturas y obras, también la Palabra de Dios llegó de la nada, y hubo un tiempo en que no existía. No existió antes de nacer, pero fue el comienzo de la creación. En efecto, Dios estaba solo y no tenía aún al Logos ni a la Sabiduría. Solamente después cuando quiso crearnos, hizo un determinado ser y lo llamó Palabra, Sabiduría e Hijo para crearnos por medio de él.⁵

Se deja ver un trasfondo filosófico estoico y neoplatónico en la que creador y creatura se diferencian infinitamente, aunque según algunos sea posible determinar grados entre uno y otro.⁶ Arrio retoma, con estos lentes, tendencias teológicas anteriores que buscaban profundizar la relación entre Jesús,

⁴ Cf. B. SESBOÛÉ – J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, 189-190.

⁵ ATANASIO, *Contra arrianos*, I, 5.

⁶ Este autor propone la referencia de la propuesta arriana a la filosofía de Plotino quien explicaba que existe un principio primero, el Uno, del cual dimanaban otras dos hipóstasis: la inteligencia y el alma. Ambas subordinadas al Uno, emanan de él o son productos de él. Participan de lo Uno, pero no poseen su mismo poder y dignidad. Cf. FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús, hijo y hermano*,

confesado como *Kyrios*, y el Padre, usando expresiones donde el Hijo aparece como inferior al Padre –subordinacionismo–, aunque referidas más bien al plano de la economía de la salvación, es decir, en cuanto a la misión del Hijo.⁷ Como se ha dicho, en general, los esquemas conceptuales de los padres del siglo II y III se habían movido en el plano de la historia salvífica. Arrio parece llevar estas fórmulas a la misma vida intradivina, confundiendo los planos económico e inmanente de Dios.

Por otro lado, el uso de conceptos provenientes de la filosofía griega como *hypóstasis*, *prosopon*, *ousía*, no eran comprendidas de forma unívoca, ni siquiera dentro de las diversas escuelas filosóficas de donde provenían. Por eso el uso teológico que los primeros pensadores cristianos dieron a estos conceptos, se percibe una diversidad de sentidos e interpretaciones. Los padres, y con ellos la conciencia eclesial naciente vieron la necesidad de confrontar tales interpretaciones e intentar clarificarlos y unificarlos en fórmulas consensadas que se irán conformando en símbolos de fe o credos.

La perspectiva arriana puede ser comprendida mejor cuando se le ubica cultural y teológicamente como parte de la tendencia alejandrina a la que pertenecen grandes pensadores como Clemente y Orígenes. En términos generales en esta corriente se nota un esfuerzo para enfatizar la trascendencia y la unidad de Dios, el totalmente-Otro.⁸ Con el esquema *Logos-sarx*, en el misterio cristológico, explican la encarnación como el movimiento de salida de Dios a través de su Logos para entrar en contacto con el mundo creado y en particular con la carne humana, *sarx*:⁹ encarnación. En este sentido, privilegiando la perspectiva joánica en las tradiciones evangélicas.

San Pablo, Madrid 2010, 394; cf. Amaury BEGASSE DE DHAEM, *Mysterium Christi; Cristologia e soteriologia trinitaria*, Cittadella Editrice, Assisi 2021, 300-301.

⁷ Cf. Ignacio CACHO NAZÁBAL, *Cristologia*, Sal Terrae, Santander 2015, 405-406; Manuel GESTEIRA GARZA, *Jesucristo horizonte de esperanza*, vol. II, PPC, Madrid 212, 35; K. ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria...*, 47-48.

⁸ Contrastando con el enfoque de la escuela antioquena, más ascendente, que resalta la plena humanidad de Jesús.

⁹ El significado griego de la palabra carne no es equivalente con el sentido bíblico del término (ser humano animado por el soplo de Dios que lo sostiene en la vida), puede en cierto modo traducirse

Para W. Kasper, «en Arrio, el Dios de los filósofos se impuso al Dios vivo de la historia. La doctrina bíblica del Logos de tipo soteriológico se convirtió en especulación cosmológica y en moral».¹⁰ El asunto de fondo, que se venía profundizando desde el inicio de las comunidades cristianas abiertas al mundo helenista, era cómo hacer compatible la fe en Jesucristo como verdadero Dios, entre el monoteísmo judío y el monoteísmo filosófico de los griegos. En palabras de A. Grillmeier, «la posibilidad de combinar en Dios la verdadera unidad con una auténtica diferencia».¹¹ Pero no sólo en los términos como los textos bíblicos lo expresaban, ni solo para una comunidad de pensamiento semítico que los acogió como verdad de fe, sino ahora, en contextos culturales y lingüísticos tan diversos, con el desafío de ser unificados en una única confesión.

En la postura arriana, el Hijo fue engendrado antes de todos los tiempos, es la primera y la más grande de todas las creaturas. Engendrado por voluntad del Padre, pero no de su sustancia, pues esto significaría una especie de división en Dios. El Hijo fue producido de la nada, como el resto de las creaturas.

Nosotros, por nuestra parte, ¿qué decimos y pensamos? ¿qué hemos aprendido y qué hemos enseñado? Que el Hijo no es ingénito, ni, en ningún sentido, parte del Ingénito, ni tampoco proviene de un cierto sustrato, sino que por voluntad y determinación de Dios comenzó a existir antes de los tiempos y antes de los siglos, como pleno Dios unigénito, inalterable. Antes de haber sido generado, o creado, o constituido, o establecido, no era, pues no era ingénito. Y se nos persigue porque decimos: «El Hijo tiene principio, pero el Dios es sin principio». Por eso se nos persigue y también porque decimos:

también como «ser humano», aunque no se incluye suficientemente aspectos importantes como la individualidad, la libertad o la referencia a Dios.

¹⁰ Walter KASPER, *Jesús, el Cristo*, Sígueme, Salamanca 206, 289.

¹¹ A. GRILLMEIER, *Cristo en la tradición cristiana*, Sígueme, Salamanca 1997, 249.

«es de la nada». Pero hemos hablado así por el hecho de que el Hijo no es ni parte de dios ni proviene de un cierto sustrato.¹²

En la mente de Arrio postular un «segundo» que sea igual a Dios es contradictorio. Esto supondría afirmar la existencia de dos sin que ninguno sea «segundo»: dos «ingénitos».¹³

De tal modo que el Hijo y lo que viene después de él, es decir, el resto de las creaturas existen por participación. «El Hijo no surge desde la eternidad en Dios, como había dicho Orígenes, sino fuera de él... El Hijo es, pues, el *participans primarius* del Padre, que es el verdadero Dios. Jesucristo recibe los nombres de “Dios” y “Logos”, pero sólo por gracia».¹⁴

Los padres anteriores al siglo IV entendían que según la Escritura hay un doble modo de procedencia en Dios: la primera es dentro de la misma divina, la segunda, *extra deum*, en dos vertientes, como creación y como envío del Hijo y del Espíritu al mundo, es decir, las misiones económicas. Para los arrianos, la creación *extra deum*, es el único modo de procesión del Hijo desde el Padre.¹⁵

Los resultados soteriológicos de la postura arriana por lo que ve a la encarnación son consecuentes: su nacimiento en la carne, los sentimientos de debilidad, su muerte en cruz, narradas en las Escrituras no pueden ser compatibles con la perfección divina. Con cierto lenguaje adopcionista, Arrio cree que Jesús tuvo necesidad de ser sostenido y elevado por el Padre en el bautismo y de manera definitiva en la resurrección. Pero en ambos casos, no debido a él mismo y sus capacidades, sino como venidas del Padre. En los evangelios, especialmente en San Juan, Jesús se sabe y se dice menor que el Padre, subordinado a Él.

¹² ARRIO, *A Eusebio*, 6-7.

¹³ Cf. K. ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria...*, 85.

¹⁴ A. GRILLMEIER, *Cristo en la tradición...*, 404.

¹⁵ Cf. A. GRILLMEIER, *Cristo en la tradición...*, 450.

J. Sobrino coincide con W. Kasper cuando afirma que lo que Arrio tiene en mente es la idea helénica del Dios inmutable. Desde allí le parece incoherente que pueda haber dos principios últimos o que se pueda atribuir a Dios un acto de generación; apoyándose en pasajes bíblicos donde Jesús se reconoce inferior al Padre como en Jn 14,28, y los momentos en que aparece su fragilidad y su sufrimiento, concluye que Jesús se relacionaba con el Padre de una forma limitada, propia del ser humano: progresaba, oraba, no conocía el día del juicio, y sobre todo se sentía angustiado ante el Padre y abandonado por él.¹⁶

La conclusión en la teología arriana, atendiendo a su interpretación de los textos bíblicos, fue que el Logos hecho hombre, principio de actividades limitadas y sujeto al sufrimiento, no podía ser divino. Un Logos divino no pudo estar presente en el Jesús de Nazaret limitado y sufriente, tal como lo muestran los evangelios.

Estamos, pues, ante una pregunta fundamental para la fe y para la cristología: o Cristo era Dios y no podía sufrir, o sufrió y no podía ser Dios. En afrontar este dilema, no simplemente en decir sí o no a la divinidad de Cristo, sino en decir sí en presencia de la dificultad mencionada, creemos que consiste lo fundamental de Nicea [...] Arrio no dice que Cristo «no es Dios», sino que «no puede ser Dios», aunque sea la más excelsa de las creaturas.¹⁷

¹⁶ Textos bíblicos más usados por Arrio y sus seguidores en su interpretación sobre Jesucristo: Ha sido creado en orden a la creación, Prov 8,22; es primogénito como el primero de las creaturas 1 Cor 1,15; viene de Dios como las demás creaturas 1 Cor 8,6; Jn 8,42; creció en el conocimiento Lc 2, 52; Hb 5,7; ignoraba cosas Mt 24,36; Mc 13, 32; sometido a las pasiones humanas Lc 22,41; Jn 11,33; constituido Cristo y Señor por su obediencia Hch 2, 36; Rom 1,3; Flp 2,9; hijo de Dios en términos de adopción Dt 14,1; Is 1, 2; Sal 45, 8; inferior al Padre Jn 14, 28; no propiamente Dios Mc 10, 18; Jn 17, 3. Cf. A. BEGASSE DE DHAEM, *Mysterium Christi...*, 303. Por esto, Anatolios dice que hay que rechazar la tentación de interpretar a Arrio simplemente como un racionalista que sucumbió al atractivo de la razón platónica. Arrio conocía las Escrituras, y las usó tanto para descripción de Dios, como de la primacía de Cristo. Cf. K. ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria...*, 83.

¹⁷ Jon SOBRINO, *La fe en Jesucristo, ensayo sobre las víctimas*, Trotta, Madrid 1999, 554-555. En esta misma línea va la reflexión de G. Faus cuando expone la teología de Arrio. Cf. José Ignacio GONZÁLEZ FAUS, *La humanidad nueva. Ensayo de Cristología*, Sal Terrae, Santander 2017¹⁰, 351.

Al final, el Dios de Arrio parece un principio originario abstracto, lejano del Dios bíblico, que no puede contaminarse con la imperfección de las creaturas. Arrio no habla nunca del amor de Dios.¹⁸ En todo caso, la perfección de la primera y más grande de las creaturas, Jesucristo, es para los hombres ejemplar: «esta ejemplaridad coincide con su carácter como agente mediador de la gloria trascendente del Ingénito, –el Padre–: comienza con su acción creadora y llega a buen término al lograr que sus discípulos se conviertan en auténticos adoradores del Único ingénito e inefable».¹⁹

Para O. González de Cardedal, el conflicto de Nicea es, ante todo, un conflicto de interpretación de la Escritura, de hermenéutica de los textos bíblicos referidos a Cristo. La formulación conciliar será una explicitación de textos bíblicos y de la tradición apostólica, como traducción del ámbito semítico de lenguaje al ámbito helénico, sin voluntad de innovar, sino exclusivamente de interpretar y explicitar su sentido ante preguntas y situaciones nuevas.²⁰

2. El concilio de Nicea y el postconcilio

Arrio fue condenado en un sínodo local en el año 320 y expulsado de la diócesis. Pero la situación no se resolvía. Lo que había comenzado como un asunto parroquial estaba tomando alcances mucho más amplios de lo imaginado, de modo que el emperador Constantino decidió convocar el concilio para restablecer la paz religiosa y asegurar la unidad política de sus súbditos. En su discurso de apertura expresaba: «La discordia dentro de la Iglesia de Dios me ha parecido más peligrosa e insoportable que todas las guerras

¹⁸ Hans KESSLER, «Cristología», en *Manual de teología dogmática*, dir. Theodor Schneider, Herder, Barcelona 1996, 394.

¹⁹ K. ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria...*, 97.

²⁰ Cf. Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, BAC, Madrid 2001, 233.

y combates [...] deseoso de aportar mi contribución para remediar este mal, les he reunido a todos inmediatamente».²¹

El historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea, describe este momento mostrando primero su admiración personal, pero reflejando también lo inaudito de la situación de quienes estupefactos entre los mismos padres conciliares, habían sufrido las persecuciones por profesar la fe. La Iglesia parece estar viviendo un sueño, quien era la más grande amenaza, es quien ahora procura la verdad de la fe y la comunión:

Poniéndose todos de pie a una señal, que indicaba la entrada el emperador, avanzó él, al fin, por en medio, cual celeste mensajero de Dios, reluciendo en una refulgente veste como con centelleos de luz, resplandeciendo con los fúlgidos rayos de la púrpura, y adornado con el lustre límpido del oro y las piedras preciosas [...] en cuanto a su alma, era patente que estaba engalanado con el temor de Dios y la fe.²²

Acudieron cerca de trescientos obispos orientados hacia dos tendencias: los arrianos liderados por Eusebio de Nicomedia y los anti-arrianos agrupados en torno al obispo Alejandro de Alejandría. El papa Silvestre se hizo presente a través del obispo Osio de Córdoba y los presbíteros Vito y Vicencio.²³

La asamblea conciliar propone un símbolo de fe, tomando como base credos antiguos, probablemente usados en contextos bautismales con una estructura en tres artículos: Dios Padre creador, Jesucristo Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, y el Espíritu Santo. Aunque no se tienen las actas de este concilio para poder seguir el proceso de las discusiones, se cuenta con los testimonios de algunos participantes y, sobre todo, de autores que después del concilio lucharon por defender la fe nicena.

²¹ EUSEBIO DE CESAREA, *Vida de Constantino*, III, 12.

²² EUSEBIO DE CESAREA, *Vida de Constantino*, III, 7.

²³ Cf. H. KESSLER, «Cristología», en *Manual de teología dogmática...*, 397.

El símbolo de fe en Nicea resultó en estos términos:

Creemos en un solo Dios Padre omnipotente,
creador de todas las cosas, de las visibles y las invisibles;
y en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios,
nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre,
Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero
engendrado, no creado, consustancial al Padre,
por quien todas las cosas fueron hechas,
las que hay en el cielo y las que hay en la tierra,
que por nosotros los hombres y por nuestra salvación
descendió y se encarnó,
se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día
subió a los cielos y ha de venir a juzgar a vivos y muertos
Y en el Espíritu Santo.²⁴

Será, como es obvio, el segundo artículo donde se concentren las discusiones conciliares, pues era precisamente este el que estaba siendo cuestionado por la propuesta arriana.

Se comienza con el título bíblico del Señor Jesucristo como «Hijo de Dios». Ya usado en sentido analógico desde el Antiguo Testamento para referirse al pueblo de Israel Dt 14,1; o a los mediadores elegidos por Dios como el rey, Sal 2,7. Pero en los textos evangélicos es usado con una significación nueva, tanto por Jesús mismo, como por sus discípulos. La paternidad-filiación entre Dios y Jesús se convierte en clave fundamental para entender su identidad y su misión, sobre pasa el sentido veterotestamentario.

Se prefiere la expresión joánica «unigénito del Padre» tomada de Jn 1,14 y 3,16 a la expresión paulina «primogénito de la creación» en Col 1,15, precisamente porque ésta había sido leída por Arrio para apoyar su tesis de que

²⁴ DZ 54.

Jesucristo había sido creado, la primera y la más grande de las creaturas. El primero de una serie creatural. Y luego, más adelante en el credo se reafirmará la mediación crística en la creación «por quien todas las cosas fueron hechas», desde su perfecta condición divina.

El concilio entiende la filiación en analogía con la generación humana, pero trascendiéndola hacia el plano interno de la vida de Dios, donde las categorías de tiempo y espacio quedan rebasadas. No entonces una generación en el sentido físico como la materia procede de un ser material, ni en el sentido mental, como un concepto procede de la mente.²⁵

Nicea quiere traducir los datos bíblicos donde Jesús se auto comprende en la oración y en la obediencia confiada a la voluntad del Padre, como su Hijo amado incondicionalmente, sostenido y enviado con una misión. Quiere retomar también los testimonios de la comunidad pospascual, en la predicación del kerigma, que va comprendiendo, con la luz del Espíritu, esa filiación como acción de Dios en la resurrección en cuanto manifestación y exteriorización de su acto eterno generador del Hijo (Sal 2,7; cf. Hch 2,36; 13,33; Heb 1,5; 5,5; Rom 1,4; Lc 3,22). El proceso retrospectivo de la cristología neotestamentaria: de la resurrección a la preexistencia eterna. El que es confesado como *Kyrios*, sentado a la derecha del Padre, no llegó a ser Dios, sino era Dios desde siempre y se hizo hombre. El prólogo del evangelio de Juan como punto de llegada de la cristología neotestamentaria.

El punto de partida para comprender esa filiación y generación no es una doctrina filosófica, ni la experiencia social de filiaciones jurídicas o morales sino la forma concreta en que Jesús se vivió como Hijo y la forma en que Dios correspondió a su existencia filial. Resucitándolo le identificó como Hijo y a sí mismo se reveló como Padre. En el acto de la resurrección Dios reveló la filiación eterna de Jesús extendiéndola hasta su humanidad, que, consumada, es

²⁵ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 230-231.

asumida a la vida divina eterna e indestructible. Porque Jesús era el Hijo y pertenecía al ser de Dios, era superior a la muerte. Dios en la resurrección, a la vez que reveló al Hijo, se reveló a sí mismo con una relación eterna respecto de él, que es connatural con su ser y que por tanto no tiene comienzo. El Padre es principio constituyente del Hijo, no comienzo temporal (inicio).²⁶

Es interesante la observación que hace Sesboué cuando percibe que en el credo aparece la partícula: «es decir»: –un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, *es decir*, de la sustancia del Padre–. El «es decir» significa que el concilio está traduciendo un concepto bíblico, no lo está inventando, no está creando un concepto nuevo. Se trata de una interpretación, una explicación de lo que la Escritura ha dicho.²⁷

Enseguida viene la expresión «Dios de Dios... Dios verdadero de Dios verdadero» no como una mera redundancia terminológica, más bien reforzando que Jesucristo no es simplemente Dios, sino Dios que proviene del Padre. Es Hijo de Dios porque «eternamente y de manera sustancial, recibe la única divinidad que la de Dios Padre... Que el Hijo provenga del Dios verdadero implica que el Hijo es también Dios verdadero».²⁸ El «Dios verdadero de Dios verdadero», equipara a Jesucristo plenamente con Dios, conforme a la teología joánica que dice: «Y la vida eterna es esta: conocerme a ti, el único verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo» Jn 17,3, un texto que el mismo Arrio había usado en sentido subordinacionista.

El concepto *homoousios* ha sido considerado clave de la definición conciliar fue probablemente el más polémico. Era rechazada por algunos padres porque parecía ajena al Nuevo Testamento y una intromisión en la fe de

²⁶ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 231.

²⁷ Cf. B. SESBOUÉ – J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, 195.

²⁸ Samuel FERNÁNDEZ, *El descubrimiento de Jesús. Los primeros debates cristológicos y su relevancia para nosotros*, Sígueme, Salamanca 2022, 135.

conceptos filosóficos griegos.²⁹ Ciertamente que había ya sido usado en la reflexión de Orígenes, luego malinterpretado con sesgos modalistas por Pablo de Samosata: el Padre y el Hijo son la misma *ousia*, entendida esta como la misma persona, son un único ser indiferenciado, el hijo no tiene *ousia* propia. Fue condenado en el sínodo de Antioquía en 268.

Atanasio participa como diácono en el Concilio, y luego será uno de los principales defensores de la cristología nicena en los debates posteriores. Ante la discusión por el uso del *homoousios* entre los padres participantes en la asamblea conciliar escribe:

En Nicea los obispos se vieron forzados a compilar el pensamiento de las Escrituras y a decir esto nuevamente de manera más clara y escribir que el hijo es «consustancial respecto del Padre», para indicar que el Hijo no es únicamente «semejante» al Padre, sino «idéntico» por su semejanza procedente del Padre [...] Por eso el sínodo, comprendiendo bien esto, escribió *homoousios*, para echar abajo la malicia de los herejes y mostrar que el Hijo se diferencia de las cosas creadas.³⁰

El Hijo es generado del Padre eternamente, por lo tanto, son de la misma e idéntica sustancia: *homoousios*. No es una parte de la sustancia del Padre, sino que la posee toda e idénticamente con el Padre. Es «engendrado, no creado», contra Arrio que equiparaba engendrar con hacer. No hay creación, sino generación eterna, existe siempre generado del Padre.

El credo niceno continúa con la parte dedicada a la historia de Jesucristo como la ha confesado desde la predicación apostólica: hecho hombre por nuestra salvación, muerto y resucitado, esperado en gloria para juzgar a

²⁹ M. GESTEIRA GARZA, *Jesucristo horizonte de esperanza*, 37.

³⁰ ATANASIO, *Sobre los decretos de Nicea*, 20, 3-5.

vivos y muertos. Aquí ya no hubo ninguna clarificación doctrinal, pues no estaba en cuestión desde la postura arriana.

Nicea se extendió casi un mes y si el propósito del emperador para convocar un concilio universal era lograr la paz social a través de la unidad en la fe, éste se logró muy parcialmente. Como es sabido, esta paz no llegó, los conflictos crecieron y tomaron diversos rostros. Para K. Anatolios la recepción de Nicea abrió un proceso mucho más convulso del que intentaba resolver.³¹ Basilio de Cesarea afirma sobre la situación de la doctrina católica después de Nicea: «¿A qué asemejaremos la presente situación? Sin duda se parece a un combate naval que por viejas ofensas han trabado algunos hombres avezados en las batallas navales y amantes de la guerra». ³² Se sabe de comunidades arrianas en Oriente hasta más allá de la mitad del siglo V. En Occidente, los godos, radicalizando las ideas arrianas al grado de asumirlas como parte de su nacionalidad, las impusieron en las regiones conquistadas.

Los grupos arrianos se diversificaron: los *anomeos*, que afirmaban que el Hijo no es semejante al Padre por ser una criatura; los que sostenían una semejanza, pero excluían una igualdad y por ello se llamaban *homoiousianos*, de esencia *semejante* con el Padre. Eunomio y Eustaquio de Antioquía eran los cabezas de estos grupos.³³ Resaltó por el lado católico, la controvertida figura de Atanasio y su defensa exacerbada de Nicea; y Basilio con los padres capadocios clarificando definitivamente la distinción entre *ousía* e *hypóstasis* en teología trinitaria –*mia ousía treis hypóstasis*–, que tantas confusiones había ocasionado en los siglos precedentes.

El entusiasmo por la participación del emperador al convocar el concilio pronto se convirtió en desencanto. Bajo el reinado de sus hijos, Constancio y Constante, los arrianos gozaron de favor político, ocuparon sedes, organizaron sínodos y alrededor del 360 la victoria arriana fue casi total. Una experiencia que se repetirá en los siglos sucesivos. «Los emperadores de

³¹ K. ANATOLIOS, *Nicea en perspectiva trinitaria...*, 49.

³² BASILIO, *Sobre el Espíritu Santo*, 76.

³³ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 238.

todas las épocas quieren rehacer la unidad de la Iglesia, no en torno a lo que la Iglesia pensaba que era la doctrina ortodoxa, sino en torno al partido religioso que les parece más capaz de reconstruirla, prontos a cambiar de opinión según vayan evolucionando las fuerzas en litigio». ³⁴ En el fondo prevaleció el interés político.

3. La experiencia sinodal de Nicea y los desafíos de la Iglesia hoy

Diecisiete siglos más tarde, y veinte concilios ecuménicos después, Nicea tiene mucho que enseñarnos, no sólo por la base dogmática que aporta al confesar la perfecta y completa divinidad de Jesucristo, sino por la experiencia eclesial que esta asamblea representó en la historia de la Iglesia y de la teología cristiana.

En el siglo pasado, el vigésimo primer concilio ecuménico, el Vaticano II, marcó definitivamente el rumbo de la Iglesia hasta hoy. De manera similar a Nicea, se suscitaron divisiones y fracturas que perduran y aún no se resuelven. Se sitúa aquí la recepción del concilio que el papa Francisco ha propuesto cuando invita a vivir la sinodalidad, a releer los documentos y a seguir apropiándonos de la frescura que el Espíritu suscita cuando los creyentes dialogan su fe.

Para seguir profundizando en los diálogos que se suscitarán con el aniversario niceno hay que tomar en cuenta que:

a) Atanasio llegó a expresar que quien no pensaba como Arrio, por necesidad piensa como Nicea. Hay que desconfiar entonces siempre de los adversarios: «Incluso si ellos escriben a partir de las palabras de las Escrituras, no acepten esos escritos. Incluso si pronuncian las palabras de la ortodoxia, no atiendan a lo que hablan, porque no hablan con mente recta». ³⁵

³⁴ B. SESBOUÉ – J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, 194.

³⁵ ATANASIO, *A los obispos de Egipto y Libia*, 8.

Hay que evitar las polarizaciones. La realidad tiene muchos tonos de gris, no es solo blanca o negra. Los historiadores han probado que tanto entre los nicenos y los detractores del concilio había un amplio margen de matices teológicos que superaban la disyuntiva entre ortodoxos y herejes. Por ejemplo, Marcelo de Ancira, un obispo alineado con Nicea, tenía serias deficiencias en su comprensión trinitaria; y entre los opositores al concilio estaba Basilio de Ancira, quien profesaba una doctrina trinitaria más moderada y tradicional.³⁶

La visión que parte el mundo en buenos y malos, en aquellos que tienen la razón y los que no la tienen no parece justa y no resuelve ningún problema. Cuando el resultado de una asamblea es vencedores y vencidos no corresponde a un auténtico discernimiento cristiano. La realidad es poliédrica.

No hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos [...] Una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula, sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. No es ni la esfera global que anula ni la parcialidad aislada que esteriliza [...] El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad (EG n. 235).

En la Síntesis de la primera fase del sínodo sobre la sinodalidad convocado por el papa Francisco se reconoce que, «no es fácil escuchar ideas diferentes, sin caer rápido en la tentación de rebatirlas; tampoco es fácil ofrecer la propia aportación como un don para los otros y no como una cer-

³⁶ Cf. S. FERNÁNDEZ, *El descubrimiento de Jesús...*, 144.

teza absoluta».³⁷ Hay que apostar al diálogo permanente, hasta el cansancio. Dios puede estar ofreciendo algún fragmento de verdad hasta en la posición más contraria.

b) Todos los concilios están insertos en un contexto histórico-social que condiciona enormemente las decisiones que allí se toman. Se ha dicho, por ejemplo, de lo inusitado que parece que el emperador haya convocado el concilio de Nicea, una cosa impensable hoy.

Las conclusiones de fe que resultan de estas asambleas conciliares no permanecen fijas en el tiempo o son intocables. Esto oscurece el carácter progresivo de la misma historia de la salvación. El contexto teológico en que se desarrolla una asamblea conciliar pone ciertos acentos hacia determinado aspecto de la fe, algunos aparecen resaltados con más fuerza que otros. Las circunstancias de cada comunidad así lo exigen, eran esas las cuestiones que les inquietaban y no otras. Y eran las de ese momento, no las de antes ni las de más adelante. Por eso la necesidad de enmarcar en un horizonte más amplio, hacia la totalidad del sistema de fe, desde donde las particularidades, los acentos históricos, los personajes que los proponen, la intención de las definiciones, pueden contemplarse con mayor serenidad y ser vistos en su real dimensión.

En la fase de escucha del Sínodo sobre la sinodalidad y en la primera parte de la asamblea sinodal en octubre del 2023, ha sido significativo, por un lado, la unanimidad de ciertos asuntos en las Iglesias de los diversos continentes; pero ,por otro, lo específico de determinadas realidades que en otros contextos son menos urgentes. Universalmente se reconoce como un signo de los tiempos, la mayor participación del laicado en la toma de decisiones de la Iglesia, el pasar a ser sujetos y no meros objetos de evangelización. En cambio, el diálogo interreligioso se percibe como prioritario en Asia y no tanto en América Latina; o la relevancia de la igualdad de

³⁷ Informe de síntesis de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, disponible en línea: <https://www.synod.va/es/news/una-iglesia-sinodal-en-mision.html> (22.01.2024).

género y de la participación de la mujer se percibe como más importante en Europa que en África. Y es importante no forzar el ritmo en los procesos de las Iglesias, pero tampoco frenar lo que otras, con un discernimiento serio, sienten como prioritario.

Se trata del misterio de la catolicidad de la Iglesia y de la Palabra de Dios en palabras humanas, aceptada y comprendida por hombres y mujeres de distintas épocas y culturas. Se trata también del principio de la encarnación que mantiene viva esta Palabra a lo largo de las generaciones. Esta comunidad de discípulos de Jesús, icono del misterio trinitario de Dios, pero también pueblo en camino por la historia. El diálogo que Dios ha iniciado con el hombre desde la creación se mantiene, al menos de parte suya, hasta el final de los tiempos. Sus palabras son siempre las mismas y siempre nuevas.

En los tiempos del Concilio de Nicea iba unificándose la sociedad en torno al emperador y al papa, de tal modo que las intenciones de los padres conciliares se encaminaban tanto hacia la clarificación doctrinal, como a la unidad eclesial y social. Los tiempos nuestros, donde la comunidad eclesial forma parte de una comunidad humana con diversidad de tradiciones religiosas y de un ambiente social donde las cuestiones de fe son insignificantes para la gran mayoría, el diálogo y el consenso de lo diverso pueden ser realmente signos de buenas nuevas más allá de los propios creyentes.

c) El misterio de Dios y de su acción en los hombres sobrepasa toda pretensión de encerrarlo en conceptos definitivos. Los pastores y los teólogos no agotan el misterio de Dios, cuando hablan de él, al contrario, son más conscientes de su inmensidad. *Deus semper maior.*

Las conclusiones de un concilio no han pretendido exponer la totalidad de la fe, sino se aproximan a uno de los aspectos que en su momento está siendo cuestionado y necesita clarificación. Los concilios cristológicos de los siglos IV al VI siguen movimientos pendulares, de la verdadera divinidad a la verdadera humanidad de Jesucristo, de la unidad personal a la unidad en la distinción de naturalezas. Un concilio exige al siguiente, son a la vez punto de llegada y punto de partida. Siempre en camino.

La necesidad de ir proponiendo consensos que garanticen a la comunidad la continuidad de la única verdad de fe en Jesucristo en la discontinuidad de los cambios socioculturales en la historia habla del carácter escatológico de la Iglesia y de la teología. Sólo al final, en el encuentro definitivo con el Señor, serán retirados todos los velos. Pero estos momentos de llegada que representa una asamblea conciliar, nunca han sido ni serán fáciles de asimilar: «La definición de Nicea constituye el acta de nacimiento del lenguaje propiamente dogmático en la Iglesia [...] Se produjo una especie de trauma: en el santuario de la fe se había introducido el caballo de Troya de la filosofía pagana».³⁸

Nicea no se propone ofrecer una exégesis mejor que la de Arrio, sino responder a las nuevas cuestiones a la luz de la regla de fe y de la tradición apostólica vivida en la Iglesia. Esa respuesta la da utilizando términos no bíblicos sino filosóficos. Con libertad asume una terminología que es familiar a sus oyentes para transponer el sentido bíblico a un universo filosófico nuevo. No convierte el vino de la revelación divina en el agua de la filosofía humana.³⁹

Por eso la importancia de la exégesis y la hermenéutica de las definiciones conciliares. Juan XXIII, en el discurso de apertura del Concilio, hizo la distinción entre la sustancia y la formulación de la fe: «una cosa es la sustancia de la antigua doctrina, del *depositum fidei*, y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta —con paciencia,

³⁸ B. SESBOUÉ – J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, 197. Se ha discutido abundantemente sobre un proceso de helenización de la fe cristiana, del paso del lenguaje narrativo de los testimonios evangélicos al lenguaje conceptual de las fórmulas dogmáticas. Hay un capítulo entero con abundantes referencias bibliográficas «De Hipólito a Orígenes. La cristología como teología especulativa y el problema de la helenización» en la reconocida obra aquí citada de A. GRILLMEIER, *Cristo en la tradición...*, 249-310; cf. también el apartado «Inculturación, helenización, politización» en la obra de J. SOBRINO, *La fe en Jesucristo, ensayo sobre las víctimas*, 541-543.

³⁹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 233.

si necesario fuese— ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral». ⁴⁰

La Iglesia ha expresado la fe, no sólo adaptándose al lenguaje y al horizonte intelectual de una época, sino con la plena conciencia de la incapacidad de toda formulación humana para abarcar adecuadamente la grandeza de Dios. Cuando *Dei Verbum* 12 declara que el intérprete de la Escritura debe indagar lo que el autor sagrado expresa, según su tiempo y su cultura, se ha de extender esta invitación hacia adelante, es decir, la recepción de la revelación bíblica también se realiza y se acoge en la historia. Es parte de la Tradición viva de la Iglesia. Está siempre situada histórica y culturalmente. Se necesita entonces «una lectura en la Iglesia que nos explicité el sentido salvífico que tiene dentro de cada cultura y cómo es revelación de Dios para cada hombre». ⁴¹

d) Los ambientes polémicos de una asamblea conciliar tienen, por un lado, los argumentos y las razones, pero, por otro, las emociones tan humanas de los que participan. Suele suceder que en la discusión acalorada se atribuyen a los contrarios elementos que no están presentes realmente en su mente y corazón, sino que son suposiciones, prejuicios y animadversiones sin fundamento.

La postura contraria no puede ser absolutamente negativa. Cerrarse a la escucha y no hacer el esfuerzo de atender con empatía las palabras del otro, empobrece las conclusiones. La verdad es sinfónica, se compone a partir de una serie de voces diversas que componen una armonía positiva.

La fe no es un monolito: del Evangelio tenemos cuatro versiones igualmente inspiradas por Dios y la Iglesia se resistió siempre a sintetizarlas. Apoyado en la postura conciliadora de Hilario de Poitiers, Samuel Fernández afirma: «El Evangelio no es unilateral, sino un tejido de afirmaciones

⁴⁰ JUAN XXIII, Discurso de apertura del Concilio Vaticano II, 11 de octubre de 1962, disponible en línea: https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council.html (20.01.2024).

⁴¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 235.

en tensión. Si se abandona una de sus dimensiones, se desfigura su fisonomía completa». ⁴² Igual es la fe, y a esto se refiere el principio teológico de la *analogia fidei*. Decía el gran Hilario:

Pues yo no acojo que Cristo nació de María, a no ser que también acoja: *En el principio existía la Palabra y la Palabra era Dios*. No acogeré que Cristo tuvo hambre, a no ser que acoja: *No sólo de pan vive el hombre*, después del ayuno de 40 días. No acogeré que tuvo sed, a no ser que acoja: *El que bebe de esta agua que yo le daré, no tendrá sed jamás*. No acogeré que Cristo padeció, a no ser que acoja: *Esta es la hora en que el Hijo del hombre sea glorificado*. No acogeré que murió, a no ser que acoja que resucitó. ⁴³

Cierto que los conflictos son inevitables, pero una comunidad madura no es aquella donde no hay conflictos, sino aquella donde se tienen condiciones para afrontar los conflictos desde la escucha respetuosa y el diálogo sincero, y como una oportunidad de crecimiento y maduración.

Nicea y las grandes asambleas conciliares de la Iglesia antigua fueron testigos de fuertes discusiones que llegaron a ocasionar rupturas y cismas. Hoy podemos generar condiciones donde las diferencias puedan ser afrontadas como posibilidades de síntesis superiores. «El conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad» (EG, n. 226).

El concilio de Nicea marca el inicio, válido para la Iglesia universal, de la modalidad sinodal aplicada al proceso decisional. A 1700 años de su realización, el papa Francisco invita a vivir la sinodalidad, no como un evento

⁴² S. FERNÁNDEZ, *El descubrimiento de Jesús...*, 151.

⁴³ HILARIO DE POITIERS, *Sobre los sínodos. La fe de los Orientales*, BAC, Madrid 2019, 152-153.

puntual, sino como una forma de ser y de vivir la Iglesia. No es suficiente tener un sínodo, hay que ser sínodo. En todos los niveles, desde los grupos y movimientos eclesiales de una parroquia, entre los consejos pastorales diocesanos, en las Conferencias episcopales. No es válido detenerse por miedo a los conflictos que puedan generarse.

Es posible ampliar los alcances de la sinodalidad más allá de las fronteras de la Iglesia católica y soñar la anhelada unidad con las Iglesias cristianas hermanas. La herencia de una fe común, bien representada en el símbolo niceno, ha de impulsar los esfuerzos del diálogo ecuménico.

En su sentido más hondo y desafiante, se convierte en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna (EG, n. 228).

e) La perspectiva de fondo en Nicea y en la invitación del Papa a ser una Iglesia sinodal es humanizadora. La intención de una asamblea sinodal o de un concilio no es hacer simplemente definiciones precisas de la doctrina, sino hacer patente la intención salvadora del Dios cercano que nos quiere plenos, hermanos todos. Una definición teológica «al servicio de la evangelización de la Iglesia y de la transmisión de la fe, para que la fe se convierta en cultura, es decir, *ethos* sapiente del pueblo de Dios, propuesta de belleza humana y humanizante para todos».⁴⁴ La razón soteriológica de Nicea es que «La salvación humana se fundamenta en la persona divina y encarnada del Hijo. La consustancialidad con el Padre y su participación en nuestra

⁴⁴ FRANCISCO, Motu proprio *Ad theologiam promovendam*, 1 de noviembre de 2023, n. 8, disponible en línea: https://www.vatican.va/content/francesco/it/motu_proprio/documents/20231101-motu-proprio-ad-theologiam-promovendam.html (20.01.2024).

humanidad fundan la potencia redentora del Hijo. La salvación acontece desde dentro de la historia por alguien que restaura la humanidad, haciendo nueva la existencia humana».⁴⁵

El gran defensor de Nicea, San Atanasio, argumenta que, si Jesucristo fuera una simple criatura y no Dios, no sería el auténtico revelador del Padre y salvador de los hombres. Sin el reconocimiento de la divinidad de Jesús sería inconcebible una auténtica redención, que hace posible la participación en la vida de Dios. «Solamente a través de quien es el Hijo de Dios por naturaleza pueden los hombres convertirse en hijos del Padre por adopción, pues, acogiendo su Espíritu, nos unimos a él».⁴⁶

Para Arrio, Cristo no sólo no era Dios, sino que no podía ser Dios debido a sus limitaciones y sufrimientos. El concilio, sin embargo, proclamó la divinidad de Jesucristo, y de esta forma tuvo que poner en relación, de alguna forma, a Dios y el sufrimiento [...] El concilio mantuvo, pues, implícita, pero eficazmente, la novedad, escandalosa y bienaventurada, por salvífica, de la relación entre Dios y el sufrimiento. Los padres conciliares en fidelidad a las Escrituras, aceptaron la divinidad de un Cristo sufriente. Visto desde hoy y desde las víctimas, y consecuentes con el interés soteriológico del concilio podemos quizás formular la siguiente razón sistemática para relacionarlos: sin afinidad no hay salvación. Y esa afinidad tiene que llegar a los más hondos niveles del ser humano, precisamente allí donde la expectativa de salvación es más necesaria y, a la vez, parece más difícil de conseguirse: en el sufrimiento. Esta afinidad puede expresarse de diversas formas. La teología griega fraguó el axioma «lo que no ha sido asumido no ha sido redimido».⁴⁷

⁴⁵ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología...*, 235.

⁴⁶ ATANASIO, *Contra Arianos*, 26, 131-134.

⁴⁷ J. SOBRINO, *La fe en Jesucristo...*, 569-570.

B. Sesboué sugiere que en lo más especulativo de los debates sobre la naturaleza de Dios, o en particular de la constitución ontológica de Jesucristo, siempre estuvo la convicción de que las conclusiones afectarían directamente a la propuesta de salvación de los creyentes. «La motivación soteriológica sigue siendo primordial en la elaboración de los dogmas trinitarios y cristológico».⁴⁸

La Iglesia no vive para sí, sino para evangelizar. La misión es la razón última de la comunión. Reunirse, escucharse, discernir juntos, lograr consensos para salir a compartir buenas nuevas.

f) Se requiere en primer lugar, la apertura a la escucha del Espíritu. Aquel que hace la comunión en la vida divina, es también el agente de la comunión de la diversidad de los miembros del cuerpo de Cristo. Una diversidad reconciliada.

Nicea es una toma de conciencia de la responsabilidad universal de las decisiones tomadas por los participantes en la asamblea. No es la búsqueda de una definición que afecte a una pequeña comunidad parroquial, sino tiene que ver con lo que la Iglesia de Jesucristo cree y enseña. Por eso el título de concilio ecuménico, de toda la Iglesia católica, como le llamaba Atanasio. La asistencia del Espíritu a la comunidad que se reúne en el nombre de Jesús es convicción fundamental de los creyentes: «la guía a la verdad, la provee con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos [...] Con la fuerza del Evangelio la rejuvenece, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo» (LG 4). Con la guía del Espíritu «la perspectiva sinodal, al tiempo que está en referencia al rico patrimonio espiritual de la Tradición, contribuye a renovar las formas: una oración abierta a la participación, un discernimiento vivido juntos, una energía misionera que nace del compartir e ilumina como servicio».⁴⁹

⁴⁸ B. SESBOUÉ – J. WOLINSKI, *El Dios de la salvación*, 188.

⁴⁹ Informe de síntesis de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, disponible en línea: <https://www.synod.va/es/news/una-iglesia-sinodal-en-mision.html> (22.01.2024).

Aquí radica la diferencia entre sinodalidad y parlamentarismo democrático. Este determina las mayorías, la sinodalidad surge de la escucha del Espíritu y en el discernimiento, poder acercarse lo más posible a la acogida de la voluntad de Dios para la comunidad de discípulos. El sínodo, «no es un parlamento, donde para alcanzar un consenso o un acuerdo común se recurre a la negociación, al acuerdo o a las componendas, sino que el único método es abrirse al Espíritu Santo con coraje apostólico, con humildad evangélica y con oración confiada, de modo que sea Él quien nos guíe, nos ilumine y nos haga poner delante de los ojos no nuestras opiniones personales, sino la fe en Dios, la fidelidad al magisterio, el bien de la Iglesia y la *salus animarum*».⁵⁰

El ideal de una auténtica conclusión sinodal en todos los niveles eclesiales es aquella de la asamblea de Jerusalén: «El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido [...]» (Hch 15, 28).

⁵⁰ FRANCISCO, *Introducción al Sínodo de la familia*, disponible en línea: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151005_padri-sinodali.html (20.01.2024).

Sumario:

Este artículo pretende, con ocasión del próximo 1700 aniversario del Concilio de Nicea, encontrar algunas dificultades y oportunidades en la fase previa, durante y después del concilio en el siglo IV, que ayuden a reconocer las dificultades y oportunidades que enfrenta hoy la Iglesia cuando es invitada por el papa Francisco a ser una Iglesia sinodal, y de desde ahí, estar abiertos para afrontarlas con espíritu de auténtica comunión y dirigirlas hacia la misión evangelizadora.

Palabras clave:

Concilio, Concilio de Nicea, divinidad de Jesucristo, sinodalidad, diálogo.

Summary:

This article aims, on the occasion of the upcoming 1700th anniversary of the Council of Nicaea, to find some difficulties and opportunities in the previous phase, during and after the council in the fourth century, that help to recognize the difficulties and opportunities that the Church faces today when she is invited by Pope Francis to be a synodal Church, and from there, to be open to face them with a spirit of authentic communion and direct them towards the evangelizing mission.

Keywords:

Council, Council of Nicaea, divinity of Jesus Christ, synodality, dialogue.